

Autoritarismo y modernización

La aceleración del desarrollo mediante regímenes dominantes

H . C . F . M A N S I L L A

Lo realmente importante y hasta trágico del desarrollo del tercer mundo reside en el hecho de que las masas y los intelectuales de aquellas sociedades se han sentido fascinados por modelos autoritarios de modernización, sin que los datos en su contra hagan demasiada mella en la conciencia colectiva. Hasta aproximadamente 1980 el sistema socialista aparecía como la última esperanza ante los ojos de los pueblos empobrecidos, como ahora el fundamentalismo en vastas porciones del ámbito islámico. A pesar de sus errores y retrocesos, sus actos antilibertarios y sus manías economicistas, los experimentos socialistas y los nacionalistas de izquierda emergían como una alternativa válida y más promisoría que los regímenes capitalistas. Por ello y ante el renacimiento actual del populismo izquierdista, hay que retomar las brillantes teorías que sobre este decurso evolutivo elaboraron pensadores críticos como Umberto Melotti, Barrington Moore, Kostas Papaioannou, Richard Pipes y Karl August Wittfogel, que lamentablemente no han salido del ámbito del silencio y el olvido. Es un acto de justicia volver a considerar los esfuerzos intelectuales que se hicieron hasta 1980 para entender la evolución de Asia, África y América Latina.

Se trata, en todo caso, de un fenómeno relativamente reciente y casi único a lo largo de la historia universal. La urgencia por el desarrollo es con segu-

ridad un producto de la segunda mitad del siglo XX y un fruto del incremento espectacular de las comunicaciones entre las naciones más avanzadas y las áreas aún atrasadas. La idea misma de subdesarrollo ha nacido de la comparación entre lo que existe en el actual tercer mundo y las naciones metropolitanas del Norte, cuya evolución adquiere entonces la categoría de paradigma de acuerdo al cual se mide todo “progreso”. La noción de subdesarrollo es algo derivado, es decir, sin autonomía de origen, y depende paradójicamente de lo alcanzado en las envidiadas y, al mismo tiempo, vilipendiadas sociedades opulentas del Norte. Su núcleo está compuesto por los efectos de demostración que genera la civilización industrial sobre la mentalidad colectiva de los pueblos meridionales.

Tanto los admiradores del capitalismo como los amigos del socialismo radical, del nacionalismo antiimperialista y hasta del fundamentalismo islámico consideran *no lens volens* al llamado primer mundo como el marco normativo de referencia para determinar qué cosa es atraso o adelanto. Los criterios básicos son la existencia de una industria moderna, el florecimiento de una tecnología avanzada, una tasa alta de urbanización y escolarización, la consolidación de un Estado nacional fuerte, expansivo y respetado internacionalmente y la adquisición de un alto nivel de vida (Senghaas, 1977: 14, 28, 38, 41, 67, 79, 89, 178, 269 sq.). La emulación de Occidente es pre-

ÁMBITO

Autoritarismo y modernización

dicada por autores que han dedicado su vida a la crítica del capitalismo: Paul A. Baran escribió que las naciones periféricas debían, “a su modo”, alcanzar lo que habían logrado Francia, Gran Bretaña y América con sus revoluciones (Baran, 1952). Los representantes de la teoría latinoamericana de la dependencia han creado sus conceptos centrales, tales como subdesarrollo, dependencia, heterogeneidad, estancamiento, marginalidad, periferia, satélites y muchos otros derivándolos de desarrollo, autonomía, homogeneidad, dinámica, integración, metrópoli, centros y otros que caracterizan las naciones del Norte y que conforman así la positividad normativa a escala mundial. Todos estos enfoques teóricos tienen como contenido sólo determinaciones negativas: sus categorías fundamentales y su especificación del subdesarrollo

resultan ser criterios de déficit y recuento de carencias, que surgen mediante la confrontación con la situación actual de los países más avanzados del Norte, y adquieren así de manera obvia –y, por ende, inmovible– la dignidad de paradigmas históricos. Esta genuina dependencia con respecto al criticado modelo metropolitano se manifiesta en el tratamiento que los “dependencistas” dan a los grupos empresariales de los países periféricos: si éstos han logrado un éxito comparable a la burguesía capitalista europea, como en el caso del Japón, entonces se los admira casi irrestrictamente; si sus resultados son más modestos, entonces merecen sólo el calificativo de clases explotadoras y vendidas a los intereses extranjeros.

En la China, por otra parte, la evolución posterior a la Revolución Cultural (1966-1976) puede ser



interpretada como un intento modernizante que deja a un lado conscientemente las veleidades de un experimento radical y autoctonista y se concentra en los métodos habituales para industrializar un extenso territorio. Todas las fracciones del Partido Comunista Chino han querido convertir a su país en una potencia grande y fuerte a nivel mundial, resolviendo las diferencias entre ellas en la cuestión relativa al camino hacia tal fin. En realidad, lo que anhela la China Continental es obtener las conquistas de Taiwán en las esferas de la industria, la agricultura, la educación y la occidentalización de la vida cotidiana bajo un régimen político autoritario, muy en consonancia con las tradiciones paternalistas de la antigua China.

Incluso en Cuba las últimas metas perseguidas por la mentalidad colectiva son las anticipadas por la civilización occidental. Como señala Helga Strasser, las profesiones intelectuales, el estudio universitario, el standard de vida de Estados Unidos y el desarrollo como progreso meramente tecnológico conforman las aspiraciones y los ideales de la juventud cubana, precisamente de aquéllos que provienen de un origen humilde. Mientras que el trabajo manual cae en descrédito paulatinamente, el consumismo de los centros metropolitanos es admirado y no censurado; la base de esta posición está formada por una fe inmovible en el más prosaico progreso material (Strasser, 1979: 8). El desarrollo estrictamente económico y exento de todo elemento democrático coadyuva a erigir un tipo extraordinariamente resistente de tiranía; la técnica se transforma en vehículo de opresión y consolidación del régimen totalitario.

Es probable que justamente la extrema pobreza y el atraso del país respectivo hayan inducido a grupos insatisfechos de la clase media a adoptar lo que podría llamarse el núcleo simplificado de la modernización socialista con tintes nacionalistas en el siglo XX: la obsesión por un cierto tipo de desarrollo material acelerado (industria pesada a costa de los bienes de consumo) y la inclinación a la represión política y al control severo de la población. Por ejem-

plo: el modelo modernizador cubano tiene una indiscutible semejanza con el colectivismo burocrático, y poco que ver con los ideales de Marx, como toda modernización en las periferias. Ello no se debe únicamente a fenómenos contingentes, como la dictadura personalista del “máximo líder”, sino también a causas más profundas e intrínsecas: la planificación centralizada y detallista excluye per se toda posibilidad efectiva de cogestión y auto-administración. El pleno empleo es una mera apariencia, pues encubre todos los innumerables casos de puestos totalmente inútiles y superfluos creados para acabar artificialmente con el desempleo; el aparato burocrático, muy inflado, suministra un aporte reducidísimo a la generación de un genuino excedente económico. La prevalencia del marxismo-leninismo crea un ambiente dogmático e intolerante, donde los disidentes políticos van fácilmente a parar a la cárcel; y el sistema autocrático engendra indefectiblemente una casta dominante militar y burocrática que puede mostrarse paternalista hacia la población, pero que sabe muy bien defender y ampliar sus privilegios e intereses.

Investigadores básicamente favorables a la Revolución Cubana han reconocido que ha sido un intento socialista-estatista de modernización, basada en la movilización instrumentalista de las masas, dirigida por una élite no controlada democráticamente y con una adjudicación de costes sociales similar a la del modelo soviético; es decir: sobre las espaldas del pueblo trabajador y no sobre la nueva élite dirigente (Malloy, 1971: 24 sq., 28, 32, 38). Se ha tratado, como en todo intento periférico de modernización, de comprimir en unos “cuarenta años” un proceso que en Occidente “necesitó más de un siglo para realizarse” (Manitzas, 1974: 93). Bajo tales circunstancias el marxismo se transforma de una herramienta crítica de análisis en una ideología central y unificadora, en una suerte de religión secular. Ahora bien, la determinación explícita de la jefatura cubana de implementar la acumulación primaria conlleva los riesgos reconocidos por ella misma de tener que poner en

*En China y Vietnam la
lucha contra el dominio
exterior –más claro en el
caso vietnamita– tuvo
ciertamente un enorme
apoyo popular.*

práctica métodos coercitivos, exigencias compulsivas de trabajo y cercenamiento de las libertades individuales, con lo que la historia de la acumulación cubana y periférica en general reproduce los sacrificios y las víctimas de la larga historia presocialista¹.

En China y Vietnam la lucha contra el dominio exterior –más claro en el caso vietnamita– tuvo ciertamente un enorme apoyo popular. Pero la dirigencia de estos levantamientos estuvo desde el primer momento en manos de intelectuales provenientes de las clases medias o altas, quienes deseaban para sus pueblos (al mejor estilo paternalista) la obtención de los logros de Occidente. Además, en muchos otros experimentos socialistas, como Cuba, Etiopía, Afganistán y la totalidad de Europa Oriental, el apoyo popular

¹ Silverman (1974: 180, 183), con alusiones pertinentes del entonces ministro cubano Reginaldo Boti; Barkin (1974: 98), con un análisis del clásico discurso de Fidel Castro del 16 de octubre de 1953. Para la significación de esta temática con respecto a los resultados a mediano y largo plazo vease Mesa-Lago (1983); Thomas, Fauriol y Weiss (1984).

ha sido un fenómeno muy restringido. En todo caso, han sido revoluciones “socialistas” muy distintas de las previstas por Marx y casi exentas de una participación mayoritaria de los proletariados, si es que se puede hablar de la mera existencia de éstos. De acuerdo a Marx, la genuina revolución socialista debía ser el corolario de la evolución más avanzada del capitalismo. El florecimiento de las fuerzas productivas, la ciencia y la técnica tendría que haber suministrado aquella riqueza de bienes y servicios, aquella abundancia de recursos, cuya utilización estaría precisamente impedida por las relaciones capitalistas de producción. La revolución que Marx y Engels tenían en mente tendría que haberse realizado sobre la inmensa base material desplegada por el largo dominio capitalista-burgués; esta revolución constituiría la auto-liberación y autorrealización de la mayoría de los hombres, eliminando, ante todo, cualquier fenómeno de alienación. De este programa no se ha llegado a poner en práctica ni un solo fragmento válido en ningún régimen socialista realmente existente. Que la revolución socialista emergiese en la periferia del sistema capitalista, en los países atrasados, estaba sencillamente fuera del pensamiento de Marx.

Contra esto se puede argumentar que la cosa no es tan sencilla. A partir de 1870 Marx mostró una gran inclinación por los asuntos de Rusia; en un pasaje muy conocido de su obra entrevistó también la posibilidad de que Rusia pase al socialismo sin atravesar el infierno capitalista. Pero fue más bien un argumento bastante aislado dentro del corpus marxista global. En todo caso, una revolución en Rusia no debería servir de modelo para Europa Occidental y el resto del mundo, ya que Marx veía en Rusia la encarnación del despotismo oriental. Su posición era, en el fondo, la de un demócrata clásico de la Europa burguesa, consternado por la pesadilla del autocratismo ruso y convencido de que toda corriente reaccionaria provenía de las profundidades de las estepas asiáticas. La obra de Marx en su conjunto –una brillante crítica del capitalismo– apunta a la necesidad de des-



envolver al máximo las fuerzas productivas –y, por ende, el modo capitalista de producción–, como precondiciones indispensables para el posterior surgimiento de una sociedad emancipada, es decir: socialista. La idea de que justamente el atraso y la miseria sean los presupuestos del socialismo no tuvo cabida en el pensamiento de Marx y Engels².

En cierto sentido, Vladimir I. Lenin invirtió la hazaña que Marx y Engels se atribuyeron: G. W. F. Hegel y su dialéctica, que habían sido presuntamente puestos sobre sus pies por los “fundadores del socialismo científico”, volvieron a ser colocados de cabeza: las ideas y el activismo socialistas reemplazaron en dilatadas porciones de este mundo los fundamentos materiales, históricos y técnicos que faltaban para comenzar con la revolución. Desde la perspectiva global de largo plazo, se puede afirmar que Marx alcanzó relevancia histórica y política únicamente gracias a la obra de Lenin y sus epígonos. El marxismo habría permanecido como una teoría entre otras tantas, olvidada en bibliotecas y archivos, si Lenin no la hubiese transformado en una ideología revolucionaria y

nacionalista de la modernización acelerada, una ideología adaptable a los más variados campos geográficos y socio-históricos, cuya máxima destreza debe ser vista en la selección de elementos dispares: se adoptan los fenómenos extraños de otras tradiciones culturales, pero que parecen servir a la causa de la revolución (por ejemplo: la aceptación de las tradiciones políticas y organizativas de talante autoritario y hasta reaccionario) y se rechaza todo aquello que parece entorpecer los propios propósitos (por ejemplo: los elementos emancipadores y críticos del marxismo original). Fue una verdadera inserción de activismo voluntarista, la que Lenin inyectó al marxismo, pero que tuvo como consecuencia la desoccidentalización del mismo.

La revolución rusa de 1917 resulta ser un prosaico intento nacionalista y socialista de modernización acelerada, no importando los medios para alcanzar los fines prefijados, ya que la urgencia por el desarrollo; es decir: por imitar la modernidad occidental en sus aspectos técnicos, abre los ojos con respecto al “aprovechamiento” del propio legado cultural para obtener ese objetivo. Los revolucionarios rusos, por ejemplo, se percataron de que el colectivismo, la dictadura altamente burocratizada, la cultura autoritaria y otras lindezas poco aceptables del lega-

² Sobre esta temática vease la excelente compilación de escritos de Marx y Engels sobre Rusia: *Die russische Kommune. Kritik eines Mythos* (Marx y Engels, 1972).

ÁMBITO

Autoritarismo y modernización

do zarista eran funcionalmente instrumentales para construir el gran programa de industrialización estatzante que ellos tenían en mente. La eliminación del trabajo alienado, la democracia plena, la liberación total del individuo, la reconciliación entre el hombre y la naturaleza y otros elementos del marxismo primigenio les eran totalmente extraños y hasta adversos.

La combinación de momentos iliberales, nacionalistas y autoritarios con un programa de modernización acelerada es inmensamente popular en todo el tercer mundo. No podemos cerrar los ojos ante esta triste realidad. El modelo cubano concentra estos aspectos de modo paradigmático. Pero en todos estos experimentos la adopción de metas tomadas del mundo occidental (objetivos tales como industrialización, urbanización, modernización de todos los ámbitos de la vida social, racionalización del comportamiento cotidiano) resulta más fácil y “digerible” si al pueblo se le dice que se trata de un modelo autóctono de desarrollo y se preservan elementos realmente tradicionales en las esferas de la familia, la cultura, el arte y la literatura populares, la religión, el folklore, las relaciones individuales y el quehacer político. En la Rusia del siglo XVIII, en la entonces periferia europea, se inició el primer ensayo de modernización conscientemente dirigido y acelerado por la élite gobernante, a la cual le era doloroso comprobar la distancia entre la entonces Rusia zarista y el resto de Europa Occidental, especialmente en la dimensión técnico-económica. El programa bolchevique, exactamente dos siglos después, continuó esta tradición. Lo moderno era la adopción de los fenómenos técnico-económicos que hacían la grandeza y el poderío de Occidente, pero utilizando métodos convencionales y hasta retrógrados para movilizar, controlar y gratificar a las masas envueltas en el proceso. Esta constelación, detalles más, variantes menos, refleja la situación fundamental de gran parte del Tercer Mundo en el presente. No hay duda, además, de que los puntos esenciales del debate ruso de los últimos siglos sobre desarrollo autóctono conformaron una sólida identi-

dad colectiva y hasta aproximadamente 1980 configuraron los puntos centrales de la discusión contemporánea en Asia, África y América Latina. De ahí el enorme interés actual y la relevancia de los debates rusos para nosotros, a pesar de su carácter algo exótico.

Esta mezcla híbrida de prácticas sociales tradicional-autoritarias con designios de industrialización forzada se manifestó clara y brutalmente bajo el stalinismo. En la historia rusa hay una curiosa continuidad desde Pedro I el Grande (fines del siglo XVII, comienzos del XVIII) hasta Lenin, Stalin, Krushchév y Brezhnev: todos trataron de modernizar rápidamente la Santa Rusia, importando padrones y pautas occidentales, sobre todo en la esfera de la técnica y la producción. Todos fueron grandes centralizadores y amantes de la dilatación de funciones estatales. El progreso material que todos ellos anhelaron no trajo consigo, empero, una limitación de la autocracia predominante, sino que sirvió para generalizar el despotismo y extenderlo a todas las provincias y ámbitos sociales³. Todos los gobernantes rusos y la mayoría de los dictadores del tercer mundo no han comprendido que los avances tecnológicos que ellos admiran tanto en Occidente han sido, en cierta medida, el producto de un mínimo de libertad e iniciativa individuales que ellos jamás habrían tolerado en sus propios países (Rubel, 1973: 106 sq.).

La enorme transformación de los partidos comunistas ocurrida durante la toma del poder político (de un grupo de intelectuales imbuidos por principios éticos y conocimientos históricos a una organización jerárquica y rígida de burocratas y conspiradores) fue una modificación predeterminada y compelida por el impulso imprescindible de la modernización periférica acelerada. La base para ello está ya contenida en la temprana teoría de la revolución permanente de L. D. Trotsky, quien puede ser con justa razón reputado como el primer teórico justificador de la moderniza-

³ Sobre esta problemática vease el excelente estudio de Umberto Melotti (1974: 125).

ción forzada. Invirtiendo totalmente el pensamiento de Marx, Lév D. Trotsky afirmó que justamente en las sociedades menos avanzadas la clase proletaria podría tomar el poder y empezar con la edificación del socialismo, mucho antes que en las naciones más desarrolladas (Trotsky, 1931: 62, 138). Aunque Trotsky vinculó este teorema con la necesidad de una amplia cooperación internacional y con la idea de que la economía mundial como conjunto estaba ya madura para una revolución socialista (una mera hipótesis), el terreno para la construcción concreta de la nueva sociedad fue trasladado de los centros más avanzados a las regiones de la entonces periferia mundial. En éstas tendría que suceder lo que no pasaba en los centros metropolitanos, con lo que se salvaría –según Trotsky– la concepción misma de la necesidad histórica de la revolución proletaria. Esta ya no sería para Trotsky la culminación de una evolución generada por el capitalismo, sino una tarea que reemplazaba al periodo burgués (Trotsky, 1965: 98). Trotsky, al igual que todos los otros dirigentes comunistas –y en forma similar a los políticos izquierdistas del tercer mundo–, estaba encandilado por la modernidad occidental, y creía sinceramente que el “progreso” consistía en “alcanzar” y “sobrepasar” a Europa y los Estados Unidos. En una de sus últimas obras, que exhibe algún carácter crítico, Trotsky defendió la Unión Soviética de su enemigo Stalin, proclamando “el derecho a la victoria del socialismo soviético” exclusivamente en términos “del hierro, del cemento y de la electricidad” (Trotsky, 1968: 12), es decir, usando y confirmando los parámetros impuestos por sus archiadversarios los capitalistas. El ímpetu modernizante de Trotsky y de casi todos los revolucionarios socialistas y nacionalistas no ha podido o no ha querido proyectar una alternativa genuinamente diferente a la sociedad industrial occidental en el tema de las metas normativas de desarrollo (“el hierro, el cemento y la electricidad”), haciéndose dictar los criterios mismos de la evolución histórica por el incriminado régimen capitalista. Esto conllevó una imagen falsea-

da del Occidente, cuya absoluto declinamiento era esperado año tras año, no sólo por cínicos propagandistas, sino también por gente bien informada y mejor instruida, como el propio fundador de la IV Internacional. Trotsky, generalmente más lúcido que sus detractores, censuró a las sociedades “burguesas” porque su capitalismo condenaba la economía a la “anarquía y a la decadencia”. Para Trotsky, la Unión Soviética bajo Stalin era, pese a todos sus aspectos negativos, “un socialismo deformado burocráticamente”, pero socialismo al fin y al cabo, y como tal muy superior a las formas más adelantadas del capitalismo (Trotsky, 1965: 99).

La relevancia de Lenin, Trotsky, Bujarin y Stalin no consiste solamente en haber establecido el primer régimen socialista, sino en haber formulado e implementado una concepción autoritaria y centralista de modernización en las periferias recurriendo a los medios estatales de producción. ¿Cómo no va a ser popular la ideología que afirma que las desventajas técnico-económicas que ostentan las naciones más atrasadas se transforman “dialécticamente” en ventajosos puntos políticos de partida para la instauración del socialismo y, por ende, de la modernización? La inmadurez económica de un país atrasado garantizaría, según esta doctrina, la madurez política de su “proletariado” y, particularmente, de su vanguardia intelectual, el partido comunista o socialista. En texto claro: las regiones subdesarrolladas estarían potencialmente más adelantadas en el plano político que los centros metropolitanos: sus sindicatos no habrían sido corrompidos por los patrones mediante concesiones falaces, sus clases explotadas habrían preservado la llama del espíritu proletario-revolucionario en forma prístina, sus intelectuales revolucionarios no habrían sido comprados por las prebendas de la “burguesía”. El espíritu y el deber revolucionarios se habrían mudado definitivamente al tercer mundo.

El peligro de este modelo modernizante es la resurrección del despotismo oriental: la industria moderna podría favorecer una especie de disimulada esclavi-

Las modernizaciones de tinte nacionalista y populista poseen un impulso considerable como agentes de movilización masiva: encarnan, de un lado, las aspiraciones de dilatados sectores de la población por una mejora económica, pero dan también una respuesta práctica para fortalecer la identidad colectiva.

tud dirigida por instancias estatales. En este sentido no es superfluo recordar el análisis de Umberto Eco (1974: 122-124) y Richard Pipes (1999)⁴ sobre la evolución rusa. La larga dominación tártaro-mongólica sobre el principado moscovita coadyuvó al establecimiento de una servidumbre total con respecto al Estado, encarnado por el soberano, que a su vez no estaba limitado por nada. Los resultados son conocidos: la religión reducida a una ideología legitimadora del poder secular, la iglesia convertida en una rama de la administración fiscal, la reglamentación exhaustiva de la vida social, individual e íntima, el centralismo exagerado, la carencia de una aristocracia con

⁴ El concepto de despotismo oriental pertenece a la obra magistral de Karl August Wittfogel (1967), *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*.

fuentes independientes de poder económico, político y ético, la debilidad práctica y la precariedad jurídica de la propiedad privada, la militarización de toda la sociedad, la escasa importancia de las ciudades, las regiones y las corporaciones, y la creación de dilatados órganos policiales. El Estado lo era todo y la sociedad civil un cuerpo amorfo sin perfil propio. Como señaló también David S. Landes, la falta de democracia, el estancamiento económico y la pobreza crónica tienen que ver estrechamente con la carencia de derechos propietarios bien establecidos y garantizados, sobre todo para las capas medias y altas. Si esto no ocurre, la gente oculta lo poco valioso que tiene, no favorece el ahorro productivo e impide así inversiones con capitales endógenos. Si uno no tiene la posibilidad de disfrutar los frutos de su trabajo o esfuerzo bajo un régimen de paz política y seguridad jurídica, no tendrá incentivos para laborar de la manera más productiva e innovadora, para planificar a largo plazo o para legar sus bienes a sus herederos. Fuera de Europa Occidental uno de los grandes problemas recurrentes en la historia universal ha sido la incapacidad de organizar gobiernos estables que den a la sociedad respectiva un sentido de seguridad y estabilidad que refrene los apetitos del gobierno central de apoderarse impunemente de los bienes de los ciudadanos (Landes, 1998).

Las modernizaciones de tinte nacionalista y populista poseen un impulso considerable como agentes de movilización masiva: encarnan, de un lado, las aspiraciones de dilatados sectores de la población por una mejora económica, pero dan también una respuesta práctica para fortalecer la identidad colectiva dañada por las imágenes occidentales de un mundo presuntamente mejor. Hacen pasar la llamada identidad primigenia –como si tal cosa hubiese existido alguna vez en algún lugar– como pilar del proceso de modernización. En Persia (actualmente Irán), donde a partir de la revolución islámica de 1979 se ha ensayado de manera radical el regreso a las fuentes de una cultura autóctona, el rechazo de los valores occi-



dentales no ha sido tan completo como se cree. No se puede negar, por consiguiente, que estas exaltaciones, a veces patéticas y siempre populares de la identidad nacional, exhiben un carácter híbrido: la gente que combate a los diablos occidentales utiliza sin el mínimo escrúpulo el armamento más refinado de los odiados arsenales metropolitanos, se sirve de las modernas técnicas de comunicación y transporte y anhela profundamente la construcción de altos hornos, mientras que al mismo tiempo le parece una terrible e impía blasfemia leer un libro de filosofía racionalista, establecer un régimen parlamentario-pluralista de gobierno, reconocer los derechos individuales de los demás o respetar la vida sexual del prójimo. En extensas regiones del mundo islámico el uso de las ametralladoras se ha convertido en la cosa más obvia del mundo, pero la práctica del liberalismo político y erótico es vista aún como una traición al acervo nacional y una burda imitación de pasajeras modas foráneas.

Precisamente el aferrarse a los fragmentos de una identidad tradicional sirve para encubrir hasta qué grado ya se han adoptado como propias las normas y las técnicas provenientes de Occidente, pero

sin renunciar, por lo menos verbalmente, al legado identificatorio de los mayores.

En resumen: los regímenes socialistas, nacionalistas y revolucionarios en el Tercer Mundo no han sido demasiado originales: han reproducido los modelos foráneos en lo referente a las últimas metas normativas, han introducido una ética laboral puritana y han traspasado los costes del desarrollo acelerado sobre las espaldas de los obreros y los campesinos por medios coercitivos. En cuanto a las pautas sociales de comportamiento, todos los experimentos socialistas y muchos de los nacionalistas han exigido la introducción de una ética semejante a la del calvinismo en los primeros tiempos de la modernización de Occidente: una moral muy rígida en la esfera del trabajo, costumbres privadas severas y una marcada degradación del placer. La distancia entre la realidad del atraso existente y las metas deseadas puede ser acortada sólo mediante esfuerzos globales, y la moralidad colectiva adopta entonces la función de un importante instrumento para canalizar las energías individuales por las rutas señaladas desde arriba. Lo que ocurrió más o menos espontáneamente y bajo el velo de la religión al comienzo de la sociedad burguesa, sucede ahora de manera planificada por el Estado y a gran escala. La alusión al calvinismo nos lleva a una pista importante: tanto la ética estricta como la represión política eran partes instrumentales de una estrategia destinada a reproducir la acumulación primaria del capital en el lapso más breve posible, imitando bajo signos socialistas o nacionalistas este proceso cardinal de la modernización occidental que puede ser considerado como el fundamento mismo para todo intento de industrialización.

En la Unión Soviética, uno de los grandes economistas del período heroico (perteneciente para más señas a la oposición antiestalinista), Evgenij Preobrazhenskij, definió la acumulación socialista como la transferencia de recursos del sector presocialista al socialista: la carga de la acumulación la debían llevar los campesinos y la agricultura, a los cuales Preobra-

ÁMBITO

Autoritarismo y modernización

zenskij los denominó cínica pero correctamente “nuestras colonias” (Rossanda, 1972: 27), en la alusión al rol que jugaron las posesiones de ultramar en la acumulación de capital de los principales países de Occidente. Hay que señalar, por otra parte, que la concepción de la acumulación primaria socialista no fue compartida por muchos marxistas independientes y que el mismo Preobrazhenskij se dio cuenta de las implicaciones de su teorema: la industrialización acelerada y a costa de los campesinos que él proponía, traería consigo severos cortes en el consumo de masas y la implantación de un amplio sistema de controles e intervenciones para implementar las expropiaciones a los productores no industriales. No hay que asombrarse si Preobrazhenskij, uno de los ideólogos principales de la “acumulación primaria socialista”, apoyase finalmente la política de industrialización forzada emprendida por Stalin a unos costes sociales que son bien conocidos. Este desarrollo basado en la “acumulación socialista” –término que contradice el núcleo mismo del marxismo primigenio– no es exclusivo de la Unión Soviética, aunque aquí se dio con el vigor y la brutalidad típicas de la primera vez; en todo caso, esta variedad de acumulación representa la reproducción de la acumulación primaria capitalista con todos sus rigores y privaciones, realizada en un lapso muchísimo más breve y bajo la propiedad y planificación estatales. Es probable que esto reitere los antagonismos, la alienación y la inhumanidad básica de la modernización capitalista, pero también es cierto que estos fenómenos negativos han pasado más o menos desapercibidos porque durante largo tiempo se consideró equivocadamente que la sociedad socialista es mucho más perfecta que la capitalista y que sus defectos son meros problemas de crecimiento.

La acumulación y la industrialización no fomentaron una democracia más igualitaria y no coadyuvaron a abolir las jerarquías estatales. La rápida edificación de una industria en gran escala, la centralización administrativa concomitante y el crecimiento de la autoridad gerencial impulsado por razones

técnicas destruyeron no sólo los sueños de los primeros e ingenuos bolcheviques en torno a una sociedad más libre, sino que demostraron igualmente que casi todo proceso de acumulación y modernización requiere de muchos sacrificios y controles y de poca democracia y libertad. La consecuencia final de la modernización socialista ha sido convertir a la sociedad entera en una gran fábrica, con su disciplina específica, sus jerarquías inmovibles y con su clase dominante de gerentes y técnicos. La Unión Soviética anticipó el destino del socialismo en el tercer mundo: no llegó a ser aquel sistema ideal basado en una industria ya establecida, con una participación popular efectiva en los procesos decisorios y con una distribución igualitaria del producto económico, sino un régimen dirigido casi exclusivamente a la acumulación y la modernización aceleradas y a superar el atraso, enfatizando las jerarquías económicas y la autoridad burocrática. Los que perdieron la partida fueron aquellos socialistas que creían en una utopía postindustrial, gente idealista formada mayormente en la tradición occidental de la Ilustración, y los que ganaron fueron aquellos que propugnaron un asalto dictatorial al subdesarrollo, imbuidos de las viejas tradiciones totalitarias de la Rusia zarista.

A comienzos del siglo XXI es indispensable recordar lo siguiente. En primer lugar, los frutos nada promisorios tanto del desenvolvimiento más acelerado de la industria como del consumismo metropolitanos nos sugieren la imagen de que este tipo de civilización no es tan lleno de bondades como lo aseveran sus apologistas y como lo creen los que aún no han llegado a él; los intelectuales y dirigentes del tercer mundo deberían conocer mejor sus lados negativos antes de considerarlo como la única alternativa histórica. Se puede comprender la urgencia que hay en las periferias mundiales por el “desarrollo”, pero esto no significa apoyar acríticamente estos anhelos. Se puede pensar en una evolución histórica conscientemente acelerada que esté dedicada a la satisfacción de necesidades vitales como alimentación, vivienda, ves-

tido, educación y libertades individuales, basada en la agricultura, en algunos servicios indispensables y en ciertos tipos de manufactura sencilla, sin tener por ello que imitar la industrialización metropolitana.

En segundo lugar, hoy en día se puede afirmar que los experimentos socialistas en el tercer mundo no fueron ni de lejos tan positivos como lo han creído sus iniciadores en las periferias mundiales y sus admiradores en Occidente: estos intentos conservaron los inconvenientes de las culturas tradicionales y adquirieron pocas de las ventajas del mundo moderno. En tercer lugar, el socialismo no es el único modelo exitoso de modernización en las periferias: existen otros ensayos que pueden exhibir logros muy brillantes y a un costo general relativamente bajo: Argentina de 1862 a 1943, Taiwán, Corea, Hong-Kong, Malasia y Singapur a partir de 1960, Costa Rica desde 1949, Tonga, Fidji y otros estados de Oceanía a partir de la Segunda Guerra Mundial, y algunos productores de petróleo en los últimos años. Son regímenes muy diferentes entre sí, y su estilo de desarrollo no puede ser asimilado a un modelo único; por otra parte, su éxito no se debe exclusivamente a la existencia de alguna materia prima escasa en el mercado mundial. Es una lástima que los intelectuales izquierdistas, imbuidos de los prejuicios más prosaicos, sólo tengan ojos para comparar Indonesia con China o Haití con Cuba.

La idea prevaleciente de que primero se deben construir las bases materiales del socialismo (o del nacionalismo radical) y que luego se darán casi automáticamente las condiciones para una democracia plena, exhibe un grado muy elevado de mecanicismo social, que ya fue probado ampliamente en la Unión Soviética, y ya conocemos con cuáles efectos. Si se realiza la acumulación primaria de capital, no sólo importa la dimensión técnica, sino también la humana y política: sin democracia genuina desde el principio, el destino de tales esfuerzos es irremediablemente caer en los totalitarismos propios del siglo XX. Estos defectos en la comprensión de la realidad por parte de los intelectuales metropolitanos tienen una

contraparte notable en la forma cómo la clase cultivada en el tercer mundo ve e interpreta el atraso de sus propias sociedades. Se advierte que la opinión pública cultivada en dilatadas regiones del tercer mundo parte de la premisa de que ha existido una igualdad original en la distribución de recursos naturales y en las oportunidades de desarrollo entre todas las regiones del planeta, igualdad destruida por los europeos; su pobreza debería ser considerada únicamente como la consecuencia de la apropiación de sus riquezas por las naciones metropolitanas. La opulencia de éstas sería inconcebible sin la miseria de aquél. Al mismo tiempo, los intelectuales tercermundistas se inclinan, por vía de compensación, a calificar la cultura europea de decadente y superficial, mientras que descubren extasiados la antigüedad cronológica, la eminencia técnica y la profundidad espiritual de la propia civilización, especialmente en el ámbito árabe-islámico. Lo curioso, sin embargo, es que las bondades intrínsecas de la cultura árabe contemporánea aparezcan descritas en términos y categorías típicas de la civilización industrial europea: las metas del desarrollo árabe –altos hornos, reactores atómicos, bibliotecas populares– son percibidas como la continuación del pasado árabe, liberado éste de las relaciones de dependencia, y no como la importación lisa y llana de metas normativas metropolitanas. Todos estos intentos de regeneración de una cultura autóctona periférica bajo signos revolucionarios no sólo tienen como fin la restauración de una identidad colectiva amenazada, sino la europeización de la misma en su lado técnico. En el siglo XX todos estos experimentos no han podido resistir la inmensa atracción de la victoriosa cultura metropolitana, dando como resultado el producto híbrido que todos conocemos.

La problemática de la acumulación e industrialización periféricas nos confronta con temáticas muy complejas y relativamente poco dilucidadas en las ciencias sociales, como son las de la identidad colectiva de grandes estructuras en traumática transición y las de la comprensión de fenómenos surgidos fuera

ÁMBITO

Autoritarismo y modernización

del área metropolitana por medio de un instrumental teórico y conceptual creado para otros fines. Para hacer justicia al desarrollo en el tercer mundo es indispensable generar categorías e hipótesis nuevas, que no sean una mera derivación de las teorías europeas y norteamericanas. También el marxismo, y el primigenio precisamente, ha demostrado ser un enfoque esencialmente eurocéntrico, que prescribe a los pueblos de ultramar una sola pauta razonable de desarrollo y que comparte la opinión de que las culturas autóctonas preindustriales se hallan muy por debajo de la dignidad histórica alcanzada por la evolución paradigmática de Europa Occidental. Tenemos que repensar esta temática con nuevas ideas no contaminadas por la arrogancia metropolitana, lo que es más fácil de decir que de hacer. 🐦

BIBLIOGRAFÍA

- Baran, Paul A. (1952), "On the Political Economy of Backwardness", en *Manchester School*, vol. 20, octubre, p. 82 sq.
- Barkin, David (1974), "La estrategia de desarrollo", en David Barkin y Nita R. Manitzas (comps.), *Cuba: camino abierto*, México: Siglo XXI.
- Landes, David S. (1998), *The wealth and poverty of nations. Why some are so rich and some so poor*, New York: Norton.
- Malloy, James M. (1971), "Generation of political support and allocation of costs", en Carmelo Mesa-Lago (comp.), *Revolutionary change in Cuba*, Pittsburgh: Pittsburgh University Press, p. 24 sq., 28, 32, 38.
- Manitzas, Nita R. (1974), "Clase social y nación: nuevas orientaciones", en David Barkin y Nita R. Manitzas (comps.), *Cuba: camino abierto*, México: Siglo XXI.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1972), *Die russische Kommune. Kritik eines mythos* (La comuna rusa. Crítica de un mito), compilación y estudio crítico de Maximilien Rubel, Munich: Hanser.
- Melotti, Umberto (1974), *Marx y el Tercer Mundo. Contribución a un esquema multilineal de la concepción del desarrollo histórico elaborada por Marx*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Mesa-Lago, Carmelo (1983), *La economía en Cuba socialista. Una evaluación de dos décadas*, Madrid: Playor.
- Pipes, Richard (199), *Propiedad y libertad. Dos conceptos inseparables a lo largo de la historia*, México - Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Rossanda, Rossana (1972), "Die sozialistischen Länder: ein Dilemma der westeuropäischen Linken" (Las naciones socialistas: un dilema de las izquierdas de Europa Occidental), en *Kursbuch*, núm. 30, diciembre, p. 27.
- Rubel, Maximilien (1973), "Le 'chaînon le plus faible': à propos de la 'loi' du développement inégal", en *Mondes En Développement*, París, núm. 1, p. 106 sq.
- Senghaas, Dieter (1977), *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation* (Orden económico mundial y política de desarrollo. Llamamiento a la disociación), Frankfurt: Suhrkamp.
- Silverman, Bertram (1974), "Organización económica y conciencia social: algunos dilemas", en David Barkin y Nita R. Manitzas (comps.), *Cuba: camino abierto*, México: Siglo XXI.
- Strasser, Helga (1979), "Sozialistischer Alltag in Kuba" (Vida cotidiana socialista en Cuba), en *Lateinamerika-Berichte*, Munich, vol. 4, núm. 24, julio/agosto, p. 8.
- Thomas, Lord Hugh S., Georges A. Fauriol y Juan Carlos Weiss (1984), *The Cuban Revolution: Twenty-five years later*, Londres - Boulder: Westview.
- Trotsky, L. D. (1931), *Die permanente Revolution* (La revolución permanente), Berlin: Die Aktion.
- (1965), "Soviet bonapartism", en R. V. Daniels (comp.), *The Stalin revolution. Fulfillment or betrayal of communism?*, Lexington: Heath.
- (1968), *Verratene revolution* (La revolución traicionada), Frankfurt: Neue Kritik.
- Wittfogel, Karl August (1967), *Oriental despotism. A comparative study of total power*, New Haven: Yale University Press.

Recibido: enero de 2007
Aceptado: febrero de 2007